

Los grandes cambios

Tras la caída del Imperio

LOS NACIONALISMOS,

DEL BÁLTICO

A LOS PIRINEOS

Por Antonio Fontán

El soviético no es el primero, sino el sexto de los imperios que se han desmembrado en Europa a lo largo de nuestro siglo XX, llamando imperios a grandes entidades políticas en que bajo la supremacía de una potencia dominante se agrupan por las buenas o por las malas, o, por azares del destino, naciones o pueblos diversos en historia, tradiciones, estructura social, etnia, religión, lengua o cultura. Los cinco casos precedentes ocurrieron entre el año 17 y el 45: Austria-Hungría, Alemania (la de Prusia), Turquía, la Rusia de los zares y la Alemania nazi.

A creación o restauración de cierto número de Estados o la recomposición de fronteras tampoco son una novedad en nuestro continente y en nuestra centuria. Desde la independencia de Noruega en 1905 hasta el 48 ha habido trece (o diecisiete, según se cuente) países europeos que alcanzaron o recuperaron la condición soberana. Tras Noruega se alinean —de Oeste a Este y de Norte a Sur— Islandia, Irlanda, Finlandia, las tres repúblicas bálticas tan de moda ahora, Austria, Checoslovaquia y Polonia (dos veces cada una de estas seis), Hungría, Yugoslavia, Eslovaquia y Croacia (por poco tiempo y durante la II Guerra ambas), Albania, el reino de Bulgaria y finalmente la Alemania comunista, que fue aceptada hasta por el Gobierno de Bonn.

Además de los cambios de límites determinados por las independencias nuevas, sufrieron también desplazamientos en un momento u otro, y no sin algunos vaivenes de ida y vuelta, los confines de estos mismos y de otros países. Así ocurrió con más de una docena de Estados, desde Finlandia a Italia y desde Bélgica a Bulgaria, sin incluir en la

lista a la Unión Soviética, cuyas fronteras exteriores e interiores han sido objeto de un baile permanente.

En resumen, para el gran torso central del continente europeo y para algunas zonas de su entorno, las mudanzas de fronteras, soberanías y Estados han constituido una especie de rutina.

En nuestro viejo continente se han producido también migraciones humanas, unas veces espontáneamente en busca de un nuevo clima político o mejores condiciones de existencia, otras obligadas por presiones del poder, y en ciertas ocasiones brutalmente impuestas por la fuerza de las armas en forma de éxodos masivos que parecen impropios del siglo XX, durante el que, sin embargo, tres o cuatro docenas de millones de personas han sido víctimas de ellos.

Europa, un continente, una cultura

Pero bajo tan compleja y enmarañada situación subyacen y alientan elementos comunes a la cultura de todo el continente,

aunque en ocasiones se hallen casi ahogados por el sedimento de las sucesivas agresiones que han recibido a lo largo de los siglos.

En última instancia, Europa se inscribe dentro de un contexto general de cultura cristiana y grecolatina (porque Bizancio es también Roma), cuyas tradiciones y principales valores mantienen su vigencia incluso entre los que han renegado de ellos, como se ha visto recientemente, hasta por televisión, en la Unión Soviética.

Por eso, Europa, como conjunto de realidades sociales y de componentes culturales, tras la liberación de los Estados satelizados por Moscú, las independencias bálticas y las previsibles de los Balcanes, más las que todavía puedan producirse en el interior de la URSS, seguirá siendo lo que ha sido durante siglos como comunidad histórica a lo largo y a lo ancho de todos sus espacios, pese a las discordias civiles.

La novedad de este momento es que podría llegar a ser un continente bien avenido, una vez que ha desaparecido el gran obstáculo que levantó los muros.

La concordia que algunas grandes potencias de entonces intentaron en Viena (1815) y un siglo después se trató de diseñar en Versalles, está ahora al alcance de la mano, si se logra una tregua razonable en los Balcanes y no estallan otras tensiones nacionalistas entre los pueblos subcarpáticos y no nos salpican demasiado las del margen suroccidental del Cáucaso.

Las naciones son otra cosa

Los países de Bruselas se verán obligados a reescribir sus proyectos de futuro, aplazando, por lo menos, ciertas pretensiones irreales y casi metahistóricas, al tiempo que es probable que hasta los más empecinados soñadores dejen de aspirar a una «Federación de Estados», como la que se piensa ahora y que fuera algo así como un Estado más grande, con Parlamento soberano, partidos políticos transnacionales, fuerzas armadas únicas, una ciudadanía común, representaciones diplomáticas o comerciales conjuntas y toda suerte de instituciones políticas y legales compartidas.

La unidad alemana había creado ya un desequilibrio en la estructura de los cuatro países de primera fila de la Comunidad, que hasta entonces habían sido casi iguales en población y sensiblemente parejos en riqueza y potencial económico individual.

La previsiblemente próxima incorporación de Austria y de Suecia —y tras ésta la de los demás países nórdicos—, más la de Suiza que ya no es imponible, darán lugar a



Yeltsin increpa a Gorbachov en el Parlamento Ruso

un conjunto de docena y media de naciones que no se pueden gobernar con un tratado y unas instituciones diseñadas para seis de territorio contiguo y de infraestructuras implicadas entre sí. Pero además muy pronto ha de establecerse algún tipo de relación especial con polacos, checos y húngaros, y sin tardar mucho con los bálticos y las naciones ribereñas del Mar Negro, más los Estados o repúblicas que puedan resultar de la crisis sureslava: un total de más de dos docenas de Estados, con dieciocho o veinte lenguas oficiales y poblaciones entre 500.000 y 80 millones de habitantes.

A alguien se le podría ocurrir que en los Estados Unidos son igual de «soberanos» Delaware y Texas. Pero esa «soberanía» tiene poco que ver con lo que en Europa se entiende por tal. Allí hay cincuenta Estados y una sola nación, con una sola historia, una sola lengua y un solo patriotismo. Aquí habrían de ser treinta naciones con todos esos

EN Europa, en nuestro siglo, ha habido más de doce Estados nuevos

A concordia europea que se intentó en Viena (1815) y luego en Versalles (1918) es posible ahora

componentes diferenciados y una «federación» que nadie sabe en qué habría de consistir.

Serán factibles y constructivos convenios amplios y acuerdos generales en numerosas cuestiones de orden político y administrativo, monetario, medioambiental, económico, laboral, profesional, etc., y hasta de orden cultural, algo así como «de cultura más favorecida». Pero sin una verdadera y estricta unidad política a la manera de un Estado o de una nación más grande.

La CE de los doce agrupa a los Estados democráticos del continente europeo que practican la libertad de mercado y están vinculados a la OTAN, con las excepciones singulares —y cruzadas— de Noruega, que no ha querido Comunidad, e Irlanda, que no pertenece a la Alianza. Pero algunos de esos rasgos distintivos se han extendido ahora a otros países y zonas, mientras que asuntos como el alineamiento, la OTAN, la

Los Grandes Cambios

neutralidad y la «finlandización» han perdido vigencia o han cambiado de significación o de valor.

Una Revolución agotada

Las sacudidas que origina el derrumbamiento de un edificio tan descomunal como el soviético y el de la ideología comunista, por flacas que fueran sus estructuras, no pueden dejar de ser de consecuencias cósmicas.

La revolución de agosto ha sido también una revolución filosófica, con derivaciones todavía más imprevisibles que las de orden político, que afectan a sus pueblos y repúblicas, a la CE y a toda España.

El marxismo-leninismo (y también el marxismo a secas) se habían ofrecido al mundo como una filosofía política de salvación que garantizaría la igualdad y repartiría la felicidad entre los hombres.

A los setenta años de su implantación en un país que llegó a ser uno de los polos del orbe, su fracaso ha sido clamoroso.

Bajo la bandera roja con sus doradas «herramientas», la URSS había ganado la II Guerra Mundial, había regado el espacio de satélites y su vasto territorio de cabezas nucleares, se había protegido con un colchón de Estados satelizados que mantenían *at arms length* (a distancia de brazo) a sus potenciales adversarios y era el punto de referencia de la izquierda universal. Pero nada de eso ha impedido su desplome, sino que ha contribuido a arruinar su economía y a granjearle odios y animadversión entre sus vecinos.

¿Cuáles son las principales repercusiones inmediatas de la descomunización de la URSS en el interior de la Unión y en el mundo?

El proceso político que aguarda al viejo imperio moscovita será sin duda difícil, probablemente penoso y de incierto resultado. La antigua URSS se adentra por unas *unchartered waters* en los órdenes político, económico y social.

Desprenderse de unos elementos adventicios y periféricos como las repúblicas bálticas es tarea fácil, y para consumir la separación en paz bastará fijar unos acuerdos técnicos que contarán además con el apoyo

HAY que reescribir los proyectos de Bruselas con una Europa libre de más de veinte naciones

SETENTA años después la filosofía del comunismo ha fracasado clamorosamente

La juventud moscovita sube a los tanques después del fallido golpe militar

de los occidentales. Pero cambiar la estructura del mundo soviético es empresa más laboriosa.

Lo que falta por hacer

La revolución rusa, a los veinte años del triunfo bolchevique, había sido ya una revolución total. Nada era como antes: ni la sociedad, con sus tradiciones, sus clases y sus diversidades; ni la religión, sustituida por un ateísmo de Estado, hostil a todas las iglesias; ni el derecho, que era todo él de «uso alternativo»; ni la cultura; ni la escuela, terreno acotado de la dictadura ideológica y oportunista del Partido; ni la propiedad de los bienes, que eran todos del Estado y ninguno de nadie, etc, etc. Hasta que se sepa, por ejemplo, de quién es cada cosa, falta un largo trecho por recorrer.

En la URSS, a diferencia de los países comunizados después de la II Guerra, se habían quebrado todas las continuidades sociales. Allí, además, no había ocurrido nada parecido a lo de Berlín, a lo de Budapest, a lo de Gdansk o a lo de Praga. Allí no había «Solidaridad», ni «Foro», ni «Carta 77». Allí todo era KGB y PCUS, Ejército Rojo, «Pravda» y Tass.

Parece que en las primeras semanas los hechos han discurrido mejor y más deprisa de lo que era imaginable, con sorpresa general de todo el mundo. Igual que ha pasado felizmente en la Europa central, al este del Elba, en Checoslovaquia y en Hungría.

El frustrado golpe de Estado fue el resorte que activó unos mecanismos de defensa social que nadie acababa de creer que existieran: los patriotismos nacionalistas, la solidaridad ciudadana, el afán de libertad, el espíritu de sacrificio en situaciones extremas sin reparar en peligros, los signos y valores cristianos, etc.

No hay vuelta atrás

Las potenciales fuerzas reactivas, que podrían intentar un salto atrás, parecen estar bajo alguna especie de control, aunque no se sepa bien de quién ni por qué. En todo caso, no existe la impresión de que vayan a ser operativas. Hoy por hoy puede afirmarse que el comunismo y la URSS son de imposible retorno.

En Occidente la democracia política y la economía de mercado se ha generado en determinadas condiciones históricas —técnicas y socioeconómicas—, y al cabo de un largo proceso homogéneo, que no siempre fue un camino de rosas y que tampoco ha

